

LOS COLORES DE LA COMUNICACIÓN

MELINNA GUERRERO

“Éste no es el paraíso ni el anteparaíso”.
Gladys González

En las calles del barrio de alguna ciudad de México, tal vez en más de alguna, las esquinas, regularmente éstas, se han convertido en monumentos a la comunicación, ¿qué cómo?; el Internet público. Eduardo Galeno bien nos ha dicho que la comunicación debe comportarse a la altura de un derecho humano, y es por eso que debería resultarnos plausible la instauración de estos casi-lugares. Y aunque coincido con este juicio, manifiesto mi desconfianza, por lo que parece ser un derecho consumado.

En las calles donde se pintan las casas todavía de ladrillos y de barro, por cinco-ocho-diez pesos podemos acceder por una hora a nuestro derecho de comunicarnos con el mundo que siempre pensamos es muy distinto y mejor. Hablamos con nuestros primos casi extraños que emigraron a la ciudad de los sueños, enviamos mensajes a nuestros tíos que algún día serán quienes paguen fiestas a los quince años y hablen una lengua que como buenos mexicanos fantaseamos habitar. Por tan sólo pocos pesos somos universales. Ya el mundo no es eso que está afuera de paredes altas y lugares de grandes colores y de hombres con ojos distintos a los nuestros. El mundo se vuelve parte de nosotros. Como una cucharada de jarabe para la tos, Facebook y Twitter alivian el infortunio de ser hombres con cinco-ocho-diez de comunicación.

Lo preocupante son las cantidades de “domingos” que van a parar a estos monumentos. Esos cinco-ocho-diez pesos que damos a los niños cuando llega el primer día de la semana, los mismos que alivian el malestar de tenerlos en casa, los mismos que nos recuerdan en la semana un método eficaz para desdibujarlos “a ratitos”. Y así, con la confianza en las máquinas

negras, acudimos a los recintos de la comunicación, que también parecen actuar como los recintos del saber. Con los pesos contaditos y sobrados para alguno que otro dulce, por si allí venden mientras las horas se nos consumen. Es un hecho. Los Internet públicos se abarrotan, y se conducen por niños que teclean j-u-e-g-o-s-d-e-p-i-s-t-o-l-a-s. O por algunos otros que burlan las leyes de Facebook, mintiendo sobre su edad; convertidos en adultos con veintitantos años y de oficios peculiares de grandiosas ciudades europeas. Si en gran parte predominan aquellos que obtienen información para tareas escolares, es irrevocable que nuestro derecho a la comunicación ha desplazado las visitas a la biblioteca. Los proyectos escolares, la información para éstos resulta facilísima de encontrar gracias a la habilidad de nuestros dedos de dar clic en el nombre de Wikipedia. Cinco minutos de tarea, y en los cincuenta y cinco minutos restantes, el mundo se comporta como nuestra propiedad gracias al cosmos YouTube, a los viajes siderales en Facebook, a los aprendizajes litúrgicos de Twitter. No obstante, jamás creería que estos espacios algún día sustituirán a las bibliotecas. Lejos están de hacerlo. En cambio sí los declaro culpables de que las calles, con menos frecuencia, se pinten de gises de colores. De que los niños olviden esa guerra que declaramos en contra de nuestro peor enemigo. De que los encantados permanezcan en una postura única porque ya no hay un compromiso generacional que tome la tarde para desencantarlos. De que cada vez existan menos sueños, o menos conciencia de que los tenemos. De que la hora de jugar en las calles sea un tiempo casi olvidado. Y de que las bibliotecas públicas abran más salas de “internet gratuito” y se olviden las llaves de las salas de libros. Tal vez por eso las casas de los barrios como desde el que escribo, lejos están de olvidarse del gris que los ciñe.



Cumpleaños
Fernanda Vallín